

AQUILINO SÁNCHEZ

EL  
CASO

Atnos

UNIVERSO  
de LETRAS 



Aquilino Sánchez

**EL CASO ATHOS**

*El caso Athos*

Aquilino Sánchez

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de auto-publicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Aquilino Sánchez, 2018

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

[universodeletras.com](http://universodeletras.com)

Primera edición: enero, 2018

ISBN: 9788417274009

ISBN eBook: 9788417275075



La lápida de mármol pulido mostraba una leyenda sencilla y austera:

R.I.P.  
Bonifacio Gutiérrez Costa  
Sacerdote  
(1927-1969)

Ella estaba allí, inmóvil, frente a la lápida, con la mirada perdida en el vacío, una mujer esbelta, que parecía rondar los cuarenta. Las lágrimas asomaban inadvertidamente a sus ojos, y una infinita tristeza inundaba su rostro. Vestía falda y blusa negras, y se protegía del frío con una bufanda oscura y un abrigo de pieles veteado con franjas marrones de distinta intensidad. Estaba sola, ignorante del movimiento que había a su alrededor, absorta en sus pensamientos y recuerdos. El padre Bonifacio había significado mucho en su vida, su Boni —así llamaba a su querido Bonifacio—, había sido el alfa y el omega de sus últimos años, la razón de su existencia. Y sobre todo, había cambiado el signo de su destino.

La muerte del padre Bonifacio, en fecha que desconocía con exactitud, había dejado un enorme hueco en su corazón, había removido los pilares de sus creencias y convicciones. Él la había hecho sentirse mujer, experimentar el amor humano en su plenitud, pero se había ido sin despedirse siquiera de ella. En parte se sentía culpable del fatal desenlace. ¿Cómo abordaría él el juicio ante Dios? Quizás era un castigo del Señor, o tal vez una señal de que lo suyo no podía prosperar.

—Mi amor, mi querido amor, tú lo fuiste todo en mi vida. No es justo, no es justo que me dejes sola, ahora, cuan-

do más te necesitaba, cuando más necesitaba tu ayuda.

En unos pocos instantes, como estrella fugaz que apenas deja rastro, pasaron por su mente los últimos meses de su vida en el convento: los inicios de su amor por Boni, ligados a la rejilla del confesonario, al cálido aliento que salía de aquella caja reducida en la que su amor permanecía durante varias horas, todos los sábados del año..., el suave inicio de su pasión, que fue creciendo sin medida y pronto se convirtió en un volcán incontrolable, el dilema al que pronto tuvo que enfrentarse, ¡elegir entre el amor a Dios o a un hombre!...

—Te has ido sin avisar, cuando mi pasión y mi amor podrían haber vislumbrado el sosiego perdido. ¿Por qué? ¿Por qué?



Los ojos del padre Bonifacio se oscurecían de manera intermitente. Su mirada lánguida contrastaba con la lucidez de su mente, que apenas le dejaba descansar: parecía un caballo desbocado, sin riendas y sin freno, pero siempre caminando en una dirección: el pasado. El pasado era un lastre para él. Ahora, en el momento en que sentía la proximidad de su fin, el pasado se volvía contra él, lo tenía de frente y le impedía la marcha. No le era posible esquivarlo, ni tampoco borrarlo de su memoria. El pasado le perseguía y le atormentaba. ¿Era un preaviso del castigo que Dios le reservaba en la otra vida? ¿O era su propia culpabilidad transformada en dragón de tormento? Su cuerpo yacía casi inerte y sin movimiento, sobre un lecho sudoroso y con sabor a muerte. Su espíritu, sin embargo, conservaba íntegra la fuerza, no se doblegaba ante la inminencia de un final sin retorno. Pero el pasado seguía acosándole sin descanso. ¿Dónde estaba Chon? No, no estaba, nunca había estado, Chon había sido un sueño, no la conocía, no quería conocerla. Pero Chon era el pasado que le encadenaba al presente y no se separaba de él. En su lecho de muerte, el cura Bonifacio estaba de nuevo solo, sin Chon y sin... No, ¡No! Eso era una blasfemia, él nunca había pensado tal cosa, ¡no podía estar sin Dios! Dios estaba presente, por todas partes, incluso dentro de él mismo, ahora también, en su cuerpo decrepito, tembloroso y moribundo. Pero Chon... Chon no estaba a su lado, la vislumbraba en la leja-

nía, como nube vaporosa sin contornos. Un tenue y último aliento cerró su ciclo vital.



*Velad y orad, para que no entréis en tentación; **el espíritu** en verdad es fuerte, pero la **carne es débil**.*

(Evangelio de [Mateo 26:41](#))

*Lectuepubgratis.com*

# 1

—¡Hermana Concepción! —Apuntó la Superiora con voz imperiosa— ¡Arrodílese, por favor, y confiese sus faltas ante las hermanas!

La hermana Concepción bajó ligeramente su cabeza con gesto lento, se levantó y se arrodilló al lado del asiento, doblando sus rodillas sobre las frías losas del suelo. Su rostro parecía amoldarse a la situación y transmitía pesar y arrepentimiento. Sus ojos apenas si osaban mirar a su alrededor. Carraspeó instintivamente un par de veces. Luego, con voz sosegada y trémula, cadencia un tanto mecánica y entonación plana, comenzó el recuento de sus faltas de la semana:

—Me acuso ante Dios, ante usted, reverenda Madre, y ante todas las hermanas aquí presentes, de haber sido demasiado soberbia en mis juicios, menospreciando los consejos de algunas compañeras.

La hermana Concepción, al igual que todas las hermanas del convento, estaban acostumbradas a esta confesión individual que tenía lugar en las reuniones de los sábados, a las 8:30 en punto de la noche, media hora antes de pasar al refectorio para la cena. Este era uno de los ejercicios que más le agradaban a Dios, le habían dicho a la hermana Concepción desde que empezó a participar en las confesiones de arrepentimiento y autohumillación, cuando hacía el noviciado. Para muchas hermanas este ejercicio de hu-

mildad se había convertido en rutinario. Bastaba con preparar unos minutos antes lo que tenían que decir si la madre superiora mencionaba sus nombres. La hermana Concepción se tomaba el acto más en serio. Hacía un examen detallado de su vida recorriendo mentalmente todos los días de la semana, desde el último sábado, y anotaba cuidadosamente sus faltas y pecadillos. Luego los memorizaba, de manera que cuando oía su nombre invitándola a hacer confesión de sus faltas, su relato se tornaba casi mecánico, insulso y monótono, bien alejado de la preparación concienzuda que había precedido.

—También me acuso de haber tenido pensamientos de vanidad, de haberme considerado a veces más lista y mejor parecida que mis hermanas.

La hermana Concepción era agraciada. El hábito escondía un cuerpo estilizado, de mediana estatura y bien proporcionado. La toca apenas si dejaba vislumbrar los rasgos de un rostro redondeado, ligeramente moreno y atractivo. Su sonrisa era permanente. Las hermanas la llamaban cariñosamente "El edén de la Sonrisa". Sus ojos azules y su nariz roma pero con personalidad completaban una fisonomía que en el mundo exterior habría recibido todo tipo de piropos.

—Me acuso ante todas mis hermanas, y pido a Dios perdón por ello, de haberme distraído a veces durante las oraciones de la mañana.

La hermana Concepción no vivía ajena al mundo en que se encontraba. Trabajo le costaba esta tendencia suya a tomarse en serio los problemas que advertía a su alrededor. Esto la había hecho merecedora, más de una vez, de una

reprimenda por parte de la madre superiora, a quien ingenuamente le confesaba sus preocupaciones.

—Sí, hermana, sí. Es verdad —le replicaba Sor Inés, la madre superiora del convento—, el mundo exterior es así. Por eso debes dar gracias a Dios. Él te ha elegido y te ha conducido a esta comunidad de Hermanas del Santo Socorro. Es una de las bondades de Dios, que nunca debes dejar de agradecer. Pero tu misión no es ahora preocuparte por los problemas del mundo exterior. Tú estás aquí para rezar al Señor y consagrar tu vida a Él. Así quiere el Señor que le sirvas. Esa es tu vocación.

La hermana Concepción salía reconfortada y se dirigía a su celda, con el firme propósito de no volver a mirar a su alrededor ni a preocuparse de los problemas que la rodeaban.

—Me acuso de haber detenido mi mirada por algún tiempo sobre la fotografía de un hombre en la revista de nuestra Congregación.

¿Tendría ella una especial debilidad por los hombres? La sola idea de que esto fuera así la aterrizzaba. Pero en realidad, la hermana Concepción había padecido siempre de una cierta debilidad por las miradas furtivas hacia los hombres. Era más fuerte que ella; no podía evitarlo. Y sin embargo, en lo más profundo de su ser, se sentía atada a Dios y hecha para ayudar a los demás. Desde que tenía uso de razón le habían llamado la atención las Hermanas del Santo Socorro. A veces había seguido con curiosidad a alguna de estas hermanas por la ciudad, caminando a escondidas o a saltitos, tras sor Remedios, la hermana enfermera, que se cuidaba de visitar a los enfermos y necesitados en sus propias casas. En una ocasión la había delatado su in-

genuidad infantil y había estado a punto de recibir una buena reprimenda por curiosear donde no debía: ensimismada ella en las acciones caritativas de sor Remedios, la sorprendieron mirando por la ventana del señor Ezequías, un anciano viudo y abandonado de todos en este mundo. Estaba agarrada a las rejas de la ventana cuando una vecina pasaba por el lugar y la cogió del brazo primero y de la oreja izquierda después. Llorosa y asustada, no sabía qué responder. Cuando la vecina la introdujo en casa de don Ezequías y le dijo a la hermana que la había sorprendido subida a la ventana, a la niña de ojos azules le entró un pánico incontrolable y con un movimiento súbito y mecánico se liberó de las manos de la mujer y salió corriendo calle abajo. No paró de correr hasta llegar a su casa. Ese fue el primer día que se fue a la cama sin dar un beso a su madre. Entró en su habitación abriendo la puerta con tal cuidado que nadie se dio cuenta de ello. Cuando su madre, tras buscarla por doquier, la encontró sobre la cama, Concepción dormía profundamente, víctima del cansancio, el miedo y los nervios.

—De todo ello me arrepiento, pido perdón a Dios y a usted, reverenda Madre, y hago el firme propósito de no volverlo a hacer en el futuro.

Al llegar a esta última frase, que las hermanas repetían sin modulación alguna y sin sentimiento verdadero, la hermana Concepción experimentaba un gozo sin límites. Su espíritu delicado y sensible soportaba a duras penas el suplicio de la autoflagelación que este acto suponía para ella. El final de su acusación no solamente era el final del recuento de sus faltas, sino el cierre de una herida que había

mantenido abierta y sangrante durante unos pocos pero interminables minutos.

—Puede usted sentarse, hermana —apostilló la madre superiora tras una breve pausa de fingida condolencia y complicidad encubierta.

—Sor Virginia, arrodílese, por favor. Y confiese sus faltas ante las hermanas —continuaba la madre superiora.

Mientras sor Virginia enumeraba los pecadillos de la semana, la hermana Concepción se reponía de la tensión vivida minutos antes y aliviaba su conciencia por haberse quitado de encima el peso de sus faltas. El acto de confesión ante sus compañeras equivalía a un acto de confesión ante Dios, suponía la mayor humillación que una persona podía hacer ante aquellos con quienes convivía. El nivel de renuncia personal era tal que tenía que ser grato a los ojos del Señor. Y constituía la máxima flagelación del ego que una persona pudiera albergar dentro de sí.

Las primeras veces que se había sometido a esta práctica de degradación y negación personal, su ingenuidad la había llevado a preguntarse por qué hacían eso y para qué servía; por qué Dios había de querer que un ser humano, una criatura suya, alguien que estaba a su merced las veinticuatro horas del día, que podía ser castigada en cualquier momento y de cualquier manera, tenía que humillarse ante él para reconocer explícitamente que era un ser vil y no tenía ningún valor; por qué Dios, que no necesitaba de nadie, exigía que sus criaturas le rindiesen culto y este acto fuera esencial para recibir un premio o un castigo.

—Hermana Concepción —le aclaraba su confesor y guía espiritual—, no pretenda usted entender los insondables designios del Señor. Recuerde lo que dice el libro de Job

(1:21) y no cuestione su sabiduría: *El Señor me lo ha dado; el Señor me lo ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!* Si nos pide que nos humillemos ante Él, será porque es bueno para nosotros. Todo lo que tenemos es suyo, nos lo ha dado Él graciosamente, sin merecerlo. ¿Se ha preguntado por qué usted ha nacido sin defectos físicos, no ha estado nunca gravemente enferma, come bien, anda bien...? Pues eso es obra de Dios. Bendito sea Dios por lo que nos da o por lo que no nos da, o por lo que primero nos da y luego nos quita.

La lógica de tal razonamiento no la convencía con rotundidad, pero la autoridad de su confesor estaba por encima de toda duda y lo aceptaba como si fuera dogma de fe. Ella misma añadía alguna reflexión personal que acababa reforzando su creencia en las bondades del Señor. Reconocía que declarar públicamente sus mezquindades en el comportamiento hacia otras hermanas era una medicina excelente para huir de la vanidad personal y controlar las ansias de sentirse superior a las demás. Al cabo de unos meses en el convento también pudo comprobar que lo que había sido una gran humillación la primera vez, disminuía en intensidad conforme las confesiones públicas se repetían una y otra vez. Y cuando sus dudas arreciaban, las palabras del confesor acudían veloces a su mente:

—Hermana, no pretenda usted entender los insondables designios del Señor. Porque en último término —y este era el aldabonazo definitivo—: *El Señor me lo ha dado; el Señor me lo ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!*